

Homilías Bautismo del Señor

+ Lectura del santo Evangelio según san Mateo

En aquel tiempo fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: - Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?

Jesús le contestó: - Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere.

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: - este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.

Palabra del Señor

Homilías:

(A)

Hay una historieta muy linda. Ignoro donde la leí, pero que se me quedó grabada por lo significativa. En unas Navidades, una niña quiso regalar algo a su padre. Pero, como era muy pobre, no tenía nada que regalarle. En la Nochebuena, la niña puso junto al arbolito de Navidad, una cajita bien presentada con papel regalo diciendo: “Para mi papi”.

Cuando el papá abrió la caja vio que estaba vacía. Enfadado, creyendo que le habían tomado el pelo, llamó a la niña y le dijo de mal humor: “esto no se hace, me has querido engañar como si fuese el día de Inocentes”. La niña se echó a llorar. El padre reaccionó y trató de consolarla.

La niña le dijo: “Pero, papi, si la caja está llena de besos, era lo único que tenía para regalarte”. El pobre hombre se quedó pálido por la dulce inocencia de la hija y trató de disimular el asunto diciendo: “Ah, es verdad, está llena de besos, ahora los veo”.

Desde entonces, el padre conservó aquella caja-regalo y cada vez que se sentía mal, la abría y pensaba en los besos de su hija.

Hay realidades que no se ven. Pero que siguen siendo realidades. ¿A caso todos nosotros no somos una especie de caja-regalo? Dentro llevamos algo que los ojos no ven. Pero que es una realidad tan real como la que nuestros ojos logran ver. Llevamos todos una “interioridad”. Nos creemos vacíos, pero, por nuestro Bautismo, por dentro estamos llenos, no sé si de los besos de Dios, creo que sí, porque estamos llenos de su Espíritu.

Lo que sucede es que estamos tan acostumbrados a lo material, que lo espiritual, la gracia, el amor de Dios que nos hizo hijos suyos, casi nos pasa desapercibido. Como que no nos enteramos de lo que acontece dentro de nosotros. Nos sentimos como una caja de regalo vacía, pero que en realidad está llena de los besos y sueños divinos. Besos que, con frecuencia, solo quien nos los ha regalado los puede ver.

Además vivimos con tal rapidez y velocidad que pasamos por la vida, sin tiempo para mirarnos por dentro y poder contemplar el misterio que llevamos. Por eso mismo, nos olvidamos de que llevamos un apellido que supera al apellido de nuestros padres. Ese apellido, regalo de nuestro Padre Dios, se llama “hijo/a de Dios”.

¿Alguna vez has pensado y has creído que realmente llevas inscrito dentro, como grabada en el CD de tu corazón, una música y una voz que también a ti te sigue repitiendo: *“Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”*.

Con frecuencia vivimos más preocupados y hasta angustiados si “amaremos de verdad a Dios”. Yo pienso que ese no es nuestro verdadero problema. Nuestro problema está en “sentirnos amados nosotros por El”. Nosotros no somos los que le amamos primero sino que es El quien nos amó primero a nosotros. Y sólo quien cree en ese amor y quien ha experimentado el ser amado por El, es luego capaz de amarle de verdad.

Es una pena que caminemos por la vida contemplando siempre la piel de la vida y no logremos entrar dentro para ver cómo corre una savia nueva que llamamos “gracia bautismal”. Una gracia que nos transforma y nos renueva y nos hace nuevos, diferentes. Por fuera, más o menos, todos somos iguales. Pero nuestra verdad camina por dentro.

En su Bautismo, Jesús se sintió impactado y marcado por su experiencia humana de su filiación divina. Y de alguna manera, su Bautismo, fue la señal y el comienzo del bautismo cristiano. El fue bautizado con agua. Pero El bautizará con Espíritu Santo. El Espíritu que nos hace los hijos amados de Dios. Si por la concepción somos fruto del amor de nuestros padres, por el Bautismo somos fruto del amor que Dios nos tiene.

No miremos solo hacia fuera. Dispongamos de un tiempo para mirarnos por dentro. Ahí está nuestra verdad, nuestra grandeza. Y ¿cómo no? Nuestra verdadera belleza. Puede haber cuerpos feos o al menos no tan bellos. Pero todas las almas son hermosas y bellas, porque por el Bautismo participan de la belleza misma de Dios nuestro Padre.

¡Cuántos viven acomplejados por su rostro! Recuerdo la anécdota de aquella Señorita que le decía a su Director Espiritual:

- “Padre, tengo algo que me da mucha vergüenza decirle”.
- Tranquila hija, ya nos conocemos. No tengas vergüenza.
- “Es que, Padre, me he mirado al espejo”.
- Eso no es ningún pecado, hija. Todos nos miramos al espejo.
- “Pero eso no es todo. Es que me ha visto guapa”.
- Tampoco eso es pecado, hija, es un simple error del espejo, no te habrás mirado bien.

El espejo nos puede engañar. Y nosotros nos podemos engañar mirándonos en el espejo que, por otra parte, es donde más nos miramos. Lo que realmente no puede engañarnos es el espejo de

nuestro corazón donde, cuando nos miramos, en vez de nuestro rostro, contemplamos el rostro de Dios en nosotros.

(B)

BAUTISMO Y COMUNIDAD

Aunque hay personas que solicitan que se les borre del libro de bautismos, no creo que la cifra sea alarmante. Otros, como el ex-primer ministro británico, Tony Blair, se incorporan. Más preocupante me parece ese enfriamiento general de la fe que se palpa en personas y ambientes, que algunos llaman “descristianización silenciosa” y de la que participan principalmente los que se autocalifican como “creyentes, pero no practicantes”.

Hoy celebramos la fiesta del bautismo del Señor, cuya escena la describe el evangelio. Por tanto, es una invitación para acercarnos a este importante sacramento. Son muchos, una mayoría aplastante, los padres que lo piden para sus hijos. Pero dudo de la preparación y de la coherencia de un porcentaje que lo reclama. Por este motivo, muchas parroquias o comunidades cristianas están haciendo serios esfuerzos para que este sacramento no se rebaje. El dato, según el cual un 90% de nuestra población está bautizado y después un 75% se considera católico y un 10 ó 15% asiste a las misas dominicales, se presta a varias preguntas y reflexiones. Sin embargo, conviene recordar que nuestro bautismo enlaza con la resurrección más que con el bautismo de Cristo, de tal suerte que en los primeros años del cristianismo se bautizaba solamente en la vigilia pascual y no en esta fecha.

Según San Pablo, por el bautismo nos incorporamos a Cristo, entramos a formar parte de la comunidad cristiana, de la Iglesia. Hoy quisiera detenerme en esta última consecuencia: por el bautismo nos hacemos miembros de la Iglesia, como decía Jesús, nos convertimos en una rama, en un sarmiento; **“yo soy la vid, vosotros los sarmientos”**. Lo cual nos lleva a preguntarnos si nos sentimos comprometidos con esta Iglesia.

Sucede que toda comunidad cuenta con una autoridad, con una jerarquía. En teoría, lo normal sería que hubiera unas relaciones,

si no cordiales, sí aceptables entre los dirigentes y los dirigidos. Pero esto no se da en un sector de cristianos. Es verdad que uno de los síntomas del cambio revolucionario, radical, que estamos viviendo se define como “resquebrajamiento institucional”. Dicho de otro modo, es el individuo y no las instituciones quien toma la iniciativa, quien interpreta la doctrina. No es la familia, ni el Estado, ni la Iglesia. Hoy no vale aquello de “no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante. Doctores tiene la santa madre Iglesia que os sabrán responder”.

Un individualismo creciente caracteriza a la sociedad moderna. Al perder poder la institución, el individuo posee la clave, decide. Por eso no extraña que se hable de “religión a la carta”, en cuanto que él determina lo que cree o lo que rechaza. Naturalmente que esta forma de pensar y de actuar complica la vida de la jerarquía. Si a esto se añade que unos dirigentes no son aceptados por los que son o debieran ser sus fieles, el malestar está asegurado. Respondiendo a esta situación diría que, si con todo el mundo debemos comportarnos respetuosamente, con mayor razón con nuestra autoridad. Si bien nosotros no tenemos que renunciar a pensar y a tener nuestras opiniones y opciones. Pero esto implica que previamente debemos contrastar nuestros puntos de vista. No vale asumir como válido lo que se nos ocurre a bote-pronto o apoyarnos en cualquier información. Añadiría que la Iglesia, el cristianismo no vive los peores tiempos ni mucho menos. Probémoslo ampliando nuestra mirada. Tendemos a idealizar tiempos pasados. Del grupito de los doce, que convivió intensamente con Jesús, uno resultó ser un traidor y varios cobardes. Sin embargo, al final, todos dieron la vida por Él. Por otro lado, prestamos demasiada atención a ciertas manifestaciones o corrientes eclesiales...

Jesús dijo cosas duras a los que “figuran como jefes de los pueblos”, por ejemplo, al comentar el lavatorio de los pies. Pero también declaró: **”el que a vosotros oye, a mí me oye”**. Nadie nos puede privar de ser sanamente críticos, de dar respuestas a las preguntas que nos plantea la vida. Pero ello no quita el que seamos educados, el que seamos exigentes al informarnos, el que seamos coherentes. Nos gusta la claridad y la seguridad, sin

embargo las dudas forman parte de la vida, también de la vida de fe. Nos gustaría formar parte de una sociedad, de una Iglesia modélica, ser nosotros ejemplares. Pero ... Precisamente nuestra tarea es trabajar por ello. Creo que son palabras del conocido escritor católico inglés, Gilbert Chesterton: *al entrar en el templo hay que quitarse el sombrero, pero no la cabeza.*

(C)

Son pocos los cristianos que saben en qué día fueron bautizados, y menos aún los que lo celebran. Basta recordar la fecha del nacimiento y celebrar el cumpleaños.

Lo importante evidentemente no es recordar un rito, sino agradecer la fe que ha marcado nuestra vida ya desde niños y asumir con gozo renovado nuestra condición de creyentes. La fiesta del Bautismo del Señor que hoy celebramos puede ser una invitación a recordar nuestro propio bautismo y a reafirmarnos de manera más responsable en nuestra fe.

Tal vez lo primero que hemos de hacer es preguntarnos si la fe ocupa un lugar central en nuestra vida, o si todo se reduce a un añadido artificial que tiene todavía alguna importancia, pero del que podríamos prescindir sin grandes consecuencias. Una pregunta clave sería ésta: ¿Es la fe la que orienta e inspira la totalidad de mi vida, o vivo más bien sostenido y estimulado sólo por la búsqueda de bienestar, el disfrute de la vida, las ocupaciones laborales y mis pequeños proyectos?

Por otra parte, la fe no es algo que se tiene, sino una relación viva y personal con Dios, que se va haciendo más honda y entrañable a lo largo de los años. Ser creyente, antes de creer algo, es creerle a ese Dios revelado en Cristo. La pregunta sería si mi fe se reduce a aceptar teóricamente “lo que me diga la Iglesia”, o si más bien busco abrirme de manera humilde y confiada a Dios.

Pero para abrirse a Dios no bastan los ritos externos, los rezos rutinarios o la confesión de los labios. Es necesario creerle a Jesucristo, escuchar interiormente su Palabra, acoger su evangelio. ¿Abro alguna vez la Biblia? ¿Leo los evangelios? ¿Hago algo por conocer mejor la persona de Jesús y su mensaje?

Además, la fe no es algo que se vive de manera solitaria y privada. Es una equivocación pensar en la fe como una especie de “hobby” o afición personal. El creyente celebra, agradece, canta y disfruta de su fe en el seno de una comunidad cristiana. ¿No he de renovar e intensificar más los lazos con la comunidad donde se alimenta y sostiene mi fe?

La celebración del domingo es fundamental para el cristiano. El domingo es el día en que se encuentra con su comunidad, celebra la eucaristía, escucha el evangelio, invoca a Dios como Padre y renueva su esperanza. Sin esta experiencia semanal, difícilmente crecerá la fe. ¿Pienso que para mí es suficiente acordarme de Dios en los momentos malos, asistir distraído a algunos funerales y santiguarme antes de las comidas?

Quien quiera conocer “el gozo de la fe” y experimentar la luz, la fuerza y el aliento que la fe puede introducir en la vida del ser humano ha de comenzar por estimularla, cuidarla y renovarla.

(D)

Hace unos pocos días hemos comenzado un año nuevo. Naturalmente el nuevo calendario no cambia las cosas. Los problemas y sufrimientos siguen ahí. ¿Qué tendré que hacer yo para sentirme bien?

A veces pensamos que lo decisivo es que cambien las cosas a nuestro alrededor. Esperamos que nos sucedan cosas buenas, que las personas nos traten mejor, que todo nos vaya bien y responda a nuestros deseos.

Pero, con el pasar de los años, es imposible tanta ingenuidad. Una pregunta comienza entonces a despertarse en nosotros: Para sentirme mejor, ¿tiene que suceder algo fuera de mí o justamente dentro de mí mismo?

Por eso, al comenzar el año, son bastantes las personas que se proponen vivir de manera más sana y ordenada, cuidar más su cuerpo, estar más en contacto con la naturaleza.

Otras han descubierto que es su vida interior la que está descuidada y maltrecha. Y con esfuerzo admirable se ejercitan en técnicas de interiorización y meditación, buscando paz y sosiego interior.

Pero llega fácilmente un momento en que la persona siente que su yo más profundo pide algo más. Al parecer, el ser humano no puede crecer de manera plana y armoniosa si faltan dos experiencias fundamentales.

La primera de ellas es *el amor*. Parece un tópico decir que la gente está enferma por falta de amor y que lo que muchos necesitan urgentemente es sentirse amados, pero realmente es así. La segunda es *el sentido*. No hay vida humana completa, a menos que la persona encuentre una motivación y una razón honda para vivir.

La fe cristiana no es ninguna receta para encontrar la felicidad. Ser creyente no hace desaparecer de nuestra vida los conflictos, contradicciones y sufrimientos propios del ser humano. Pero en el núcleo de la fe cristiana hay una experiencia básica que puede dar un sentido nuevo a todo: Yo soy amado, no porque soy bueno, santo y sin pecado, sino porque estoy habitado y sostenido por un Dios santo que es amor insondable y gratuito.

Contra lo que algunos puedan pensar, ser cristiano no es creer que Dios existe, sino que Dios me ama y me ama incondicionalmente, tal como soy y antes de que cambie.

Esta es la experiencia fundamental del Espíritu. El “bautismo del Espíritu” que nos recuerda el relato evangélico y que tanto necesitamos los creyentes de hoy. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”.

Si no conocemos esta experiencia, desconocemos lo decisivo. Si la perdemos, lo perdemos todo. El sentido, la esperanza, la vida entera del creyente nace y se sostiene en la seguridad inquebrantable de saberse amado.

(E)

Dice un autor (Henri Nouwen) en uno de sus escritos que los hombres y mujeres de hoy, seres llenos de miedos e inseguridad, necesitan más que nunca ser bendecidos. Los niños necesitan la bendición de sus padres y éstos necesitan la bendición de sus hijos.

El escritor recuerda con emoción la primera vez que, en una sinagoga de Nueva York, fue testigo de la bendición de un hijo judío por sus padres: “Hijo, te pase lo que te pase en la vida, tengas éxito o no, llegues a ser importante o no, goces de salud o no, recuerda siempre cuánto de aman tu padre y tu madre”.

El hombre contemporáneo ignora lo que es la bendición y el sentido profundo que encierra. Los padres ya no bendicen a sus hijos. Las bendiciones litúrgicas han perdido su sabor original. Ya no se sabe lo que es la bendición nupcial. Se ha olvidado que “bendecir” significa literalmente “hablar bien”, decir cosas buenas de alguien. Y, sobre todo, decirle nuestro amor y nuestro deseo de que sea feliz.

Y, sin embargo, las personas necesitan oír cosas buenas. Hay entre nosotros demasiada condena. Son muchos los que se sienten maldecidos, más que bendecidos. Bastantes se maldicen incluso a sí mismos. Se sienten malos, inútiles, sin valor alguno. Bajo una aparente arrogancia se esconde con frecuencia un ser inseguro que, en el fondo, no se aprecia a sí mismo.

El problema de muchos no es si aman o no aman, si creen en Dios o no creen. Su problema radica en que no se aman a sí mismos. Y no es fácil desbloquear ese estado de cosas. Amarse a sí mismo cuando uno sabe cómo es, puede ser de las cosas más difíciles.

Lo que muchos necesitan escuchar hoy en el fondo de su ser es una palabra de bendición. Saber que son amados, a pesar de su mediocridad y sus errores, a pesar de tanto egoísmo inconfesable. Pero, ¿dónde está la bendición? ¿cómo puede estar uno seguro de que es amado?

Una de las mayores desgracias del cristianismo contemporáneo es haber olvidado, en buena parte, esta experiencia nuclear de la fe

cristiana: “Yo soy amado, no porque soy bueno, santo y sin pecado, sino porque Dios es bueno, y me ama de manera incondicional y gratuita en Jesucristo”. Soy amado por Dios ahora mismo, tal como soy, antes de que empiece a cambiar.

Los evangelistas narran que Jesús, al ser bautizado por Juan, escuchó la bendición de Dios. “Tú eres mi Hijo amado”. También a nosotros nos alcanza esa bendición de Dios. Cada uno de nosotros puede escucharla en el fondo de su corazón: “Tú eres mi hijo amado”. Eso será también este año lo más importante. Cuando las cosas se te pongan difíciles y la vida te parezca un peso insoportable, recuerda siempre que eres amado con amor eterno.

P. Juan Jáuregui Castelo